

Héctor Iturbide y su familia ocupan sus respectivos puestos y hablan cuando les corresponde. Carecen de sustancia, de profundo sentido.

Desde el segundo capítulo se nos presenta a Sebastián, el refugiado español. Con él se describen —se narran— amarguras y derrotas; nostalgia propia de su situación. Se relatan escenas de barcos, ciudades y tierra huasteca. Región de indios y de calor. Indios, palabra que leeremos de sobra a lo largo de los capítulos.

Ahora es cuando aparece Nemesio, el indio. Indio que se expresa en la forma típica de su región. Surgen apóstrofes y comillas y ese regionalismo *tan venenoso en la literatura*, tan difícil de manejar y tan chocante y antinatural cuando no se utiliza con la debida maestría.

En la ciudad de México aparece un heterogéneo grupo de exiliados. En su mayoría españoles expulsados por el régimen franquista. Completan el grupo varios alemanes, un inglés y algunos "gringos". Todos discuten —sin obrar— y se plantean problemas para que surjan esos diálogos duros, unas veces pedagógicos, a ratos intrascendentes y siempre desafortunados.

El tercero de los temas desarrollados en *Exilio* cuenta la tragedia en que se convirtió el matrimonio de Miguel y Margarita. A lo largo de muchas páginas, monologa la autora y piensa a través de Margarita. Trata de comunicarle toda la vida y dramatismo que su talento le permite. La narración se vuelve un poco radiofónica. Ni siquiera entonces desaparecen las palabras y frases entre comillas.

Al final —como ya se dijo— se reúnen los temas y se llega a una conclusión más o menos feliz. Final lógico y ya vislumbrado. Héctor, el primer personaje que aparece, rubrica la novela meditando sobre una frase célebre. El asunto no sólo tiene implicaciones políticas sino, también, humanas. Una novela construida con una técnica no muy usual, agradable.

T. M.

CARLOS GARCÍA PRADA, *Leve espuma*. Selección de miniaturas líricas españolas e hispanoamericanas. Colección Studium, 17. Ediciones de Andrea. México, 1957. 128 pp.

Esta forma poética, la miniatura, se nos presenta en esta antología bajo dos aspectos: el español y el japonés.

La miniatura española es lirismo exaltado, unas veces epigrama y, otras, proverbio cercano a una filosofía doméstica. Lirismo amoroso, descriptivo, ascético y, en ocasiones, místico.

El hai-kai —o hai-ku— llega a identificarse con la naturaleza. Comunica la sensibilidad de su autor cuando éste, por ejemplo, observa la nieve, los árboles, las flores, las rocas, los insectos, las aves, los peces, todos los seres, y *trata de aprehender sus almas*.

La miniatura española —micrograma, copla, saeta— se encastilla en su geografía y en su historia. Así admiramos las seguidillas de Lope de Vega, las coplas de Manuel Machado, los poemas sintéticos de Góngora, Valle-Inclán y Jorge Guillén, las greguerías —"nuevos juguetes"— de Gómez de la Serna, juguetes que "pueden dialogar, si les parece, saltar, ausentarse, sacar la lengua, pintar

monos, humillarse, musitar y aun sollozar, *pero siempre sonriendo*". Los microgramas de Carrera Andrade mezclan —perfectamente— el espíritu castizo con el auténtico sabor oriental.

El hai-kai es un viajero que ha recorrido el mundo de la lírica. En Francia, en Inglaterra, en España e Hispanoamérica ha dejado evidentes huellas de su tránsito, sobre todo en los redondos y significativos *poemas sintéticos* de José Juan Tablada.

*Leve espuma* es una selección útil, escolar. La selección peca de evidentes imperfecciones. De las 380 miniaturas que incluye, sin embargo, la mitad es interesante.

T. M.

LUIS TORO RAMALLO, *Oro del inca*. Editorial Novaro-México, S. A., México, 1956.

En la literatura iberoamericana abundan los cuentos y las novelas en los que se habla de las célebres *tunjas* o escondites enclavados en las montañas en los



que los indios guardaron parte del inmenso tesoro del inca Atahualpa para evitar que fuese botín de la rapacidad española.

*Oro del inca* es la historia de una de estas *tunjas*. Condori, modesto ayudante del juez de Quila-Quila, misérrimo pueblo boliviano, posee una roca en la que hay el mediocre dibujo de una virgen, obra de un pintor anónimo. Los indios y mestizos del poblado la veneran. Quien en más estima la tiene es el indio Choque, compadre de Condori. La humildad y la fe religiosas de éste animan a aquél a mostrarle una *tunja* para que con el oro y las piedras preciosas que de ella saquen se erija un templo a la virgen. Condori, ya enriquecido, abandona a su mujer y se marcha a Sucre, Buenos Aires, Londres, París, etc., dilapidando su fortuna hasta que queda en la ruina. Mientras tanto en Quila-Quila ha muerto su esposa y ha comprendido Choque que su compadre lo engañó, por lo que lo maldice y decide marcharse a una montaña, en donde, tras algunos años, muere. Condori, a quien acompañan una *cocotte*, un *gigoló* y un aventurero boliviano con quienes intimara en Francia, llega a Quila-Quila. Indaga el paradero de Choque, al que piensa pedir otra *tunja* y se entera de su deceso. Con todo, él y su comparsa parten en su búsqueda. Llegan a la montaña en que viviera y muriera Choque, y ahí enloquece súbitamente Con-

dori y se pierde corriendo vertiginosamente por las montañas.

El argumento es muy sencillo. Casi nos atreveríamos a decir que no es sino un pretexto para que Toro Ramallo presente un conjunto de hermosas leyendas quechuas (como la de *Viracocha*, el indio que presintió la llegada de los españoles a su imperio, la de *Yahuarhuakac*, el inca que lloró de amor, etc.); una imagen costumbrista de la ciudad de Sucre (el juego de la *taba*, la pelea de gallos y su complicado ritual, la psicología de los habitantes de Sucre —irónicos, misántropos y alocados—, la explicación pormenorizada de los distintos temperamentos del *cholo* y la *chola* bolivianos, la presentación de las procesiones y fiestas religiosas sucrenses, etc.); una reiteración en la tesis de Edwards Bello, M. Gálvez, R. Gallegos, etc., que dice en apretada síntesis que el iberoamericano que marcha a Europa vuelve desilusionado, derrotado y añorando la patria abandonada; una exaltación por ende, de América frente al Viejo Continente... Y todo esto es lo que salvará la obra. Pues los personajes que en ella aparacen son vulgares y poco estudiados psicológicamente. Son los más de ellos advenedizos que se arriman al mestizo enriquecido para ver qué le sacan. Y aparece la *cocotte*, el noble arruinado, el intelectual descastado, el aventurero, el juez venal, etc. Y ninguno de ellos tiene carácter, personalidad definida. Son tipos que han aparecido decenas y decenas de veces en las novelas de todos los países y que no presentan aquí ningún rasgo individual. Choque, el indio, es un personaje secundario del que Ramallo hubiera podido sacar mucho más partido de habérselo propuesto. La mujer de Condori es igualmente insignificante. Sólo se salva Condori que sí está estudiado a fondo. Es humilde, servicial, convencenciero, supersticioso, católico ferviente. No es bueno ni malo. Pero a través de la obra, y por las circunstancias especiales de su vida, se va transformando: se torna lascivo, espléndido, presuntuoso, fatuo, ególatra... Aun cuando sigue siendo supersticioso.

La obra está muy simplemente estructurada. Quizá demasiado simplemente. El hilo conductor es Condori y sólo se presenta en ella una acción, salvo cuando estando Condori en Francia se refiere la muerte de su esposa y el deseo de Choque, al saberse burlado, de vengarse de su compadre.

El estilo presenta un sinnúmero de palabras quechuas, lo cual hace que menudeen las notas de pie de página traduciéndonos sus significados. El autor, que tiene gracia y soltura en el manejo del idioma, gusta de darnos, en pinceladas impresionistas, el paisaje de su tierra. Las descripciones de las peleas de gallos, de las procesiones y de las partidas de *taba* son excelentes.

Es una obra mediocre por su asunto y a la que salva lo folklórico y sobre todo la protesta social latente en toda ella por las condiciones miserables en que en la actualidad vive el indio boliviano. Mas ello no quiere significar que sea esta una novela indigenista como lo son las de sus compatriotas Arguedas, Aguirre, Costadu Rels, etc., sino costumbrista, por el predominio que se observa en ella de los episodios pintorescos y por cierta intención irónica al par que polémica del autor.

C. R. Ch.